SOLIS
CIDDAE
Serie: Lb
Nº Inv.: 000098

Ruiz

263-

L U C R E C I A

(Tres actos y ocho cuadros)

de

Angel Rama

Personajes.

Flavia Orsini, abadesa, 50 años.

Hermana Ludovici, priora, 58 años.

Clara Orsini, novicia, 16 años.

Lucrecia Frangimani, 22 años.

Londriani, sacerdote, 42 años.

Roderico, su sobrino, 20 años.

Martina, criada, 40 años.

Madre Juana, 70 años.

Gino, un arriero, 35 años.

Monseñor Albini, cardenal, 75 años.

Hermana María, Hermana Cecilia, Monjas.

(La acción en el convento noble de Catanzara, en la primera mitad del siglo XIX. Escenario permanente: claustro del "cuatrocento". Exhibe monjil imaginario y trajes de época.)

CUADRO PRIMERO

Celda de Flavia Orsini, abadesa del convento. La acompañan su sobrina, la novicia Clara Orsini, y la priora, Hermana Ludovici. Clara acaba de hablar.

LUDOVICI.- (a la abadesa) Desafía su autoridad.

CLARA.- No, yo no dije eso!

LUDOVICI.- No hay duda; es tal su impudicia que no admite freno para sus liviandades. Pero ¿en qué ha quedado la disciplina del convento? ¿cómo evitar que cunda esta desverguenza?

FLAVIA.- Un momento. (A Clara). ¿Se negó a venir a mi celda?

CLARA.- Eso no tía. No bien concluya el oficio estará aquí.

(Suenan campanas. Luego se verá pasar las monjas por el fondo, saliendo de la capitalla.)

LUDOVICI.- Acepte mi consejo, madre, y crea que estoy deseando ayudarla, pensando sólo en el bien de nuestra casa.

FLAVIA.- Nunca esperé de usted otra cosa, hermana, y es esa su obligación.

LUDOVICI.- Tengo larga experiencia con esta clase de jovencitas. A pesar de su carácter apasionado, la Frangimani es fría y sabe especular con las debilidades y los afectos de los demás.

CLARA.- Perdóneme; pero recuerde lo buena y dócil que fue siempre. Ahora está... como poseída del demonio.

LUDOVICI.- ¡Vamos! Si a los hombres se les llama demonios...

FLAVIA.- ¡Cállese; no sea vulgar.

LUDOVICI.- Perdón madre. Mi educación no fue muy prolija, pero digo la verdad. (Se distancia)

CLARA.- Tía, si la trata dulcemente ella hará lo que Vd. quiera, estoy segura, porque es muy buena. Pero no tolerará que la humillen.

LUDOVICI.- (Desde lejos) No es su cuna mejor que la de la abadesa. Y aunque lo fuera, en esta casa no hay diferencias, somos hermanas y todas iguales ante Dios. ¿No es así madre?

FLAVIA.- Así es, hermana. Las diferencias las establece la caridad cristiana y la obediencia. Dime lo que piensas Clara.

CLARA.- Cuando nos despedimos me tomó la cara entre las manos, y me dijo ¡con tanta ternura!... (Se detiene temerosa) Tengo miedo de decirlo y de que me entiendan mal.

FLAVIA.- Habla, hija mía, y nada temas.

CLARA.- Me dijo: "Nunca has amado. Si te llega ese momento sabrás que contra el amor de nada valen órdenes; no digo las de la abadesa, ni las del mismo cielo",

LUDOVICI.- ¡Es la confesión de su rebeldía! Después de esto seguirá mostrando debilidad por ella?

FLAVIA.- (Irritada) Nunca he tenido debilidades por nadie. ¡Cómo se atreve! He cuidado de ella con la atención que exigía la niña que era cuando entró al convento. Como hago por Clara, como hice por todas. Esa es mi tarea. Continúa Clara.

CLARA.- Entonces me sonrió...

FLAVIA.- (La interrumpe para volverse otra vez a Ludovici) Y si llegué a excederme fue porque lo merecía. Hasta hace muy poco Lucrecia fue el espejo más puro de este convento y no es con ánimo vengativo, sino con profundo dolor que la veo. Sigue Clara, sigue.

CLARA.- Me besó en la frente y me dijo; "Pero que tarde mucho en llegarte el momento del amor, criatura inocente; y mejor que no lo conozcas nunca". ¿Comprende por qué se lo cuento tía?

FLAVIA.- Es a ti a quien veo, hija. Trataré de ver a Lucrecia con tus mismos ojos claros. Pero comprende que del orden de este convento soy responsable ante Dios.

LUDOVICI.- Y también ante la curia. Si no se pone fin, radicalmente, a esta situación, muy pronto se conocerá en Roma. Ya se murmura en la ciudad.

FLAVIA.- Trate de no alimentar Vd. esa murmuración.

(Entra Lucrecia. Se miran en silencio. Pausa).

LUCRECIA.- ¿Me pidió que viniera?

FLAVIA.- Dios la bendiga hermana. Hubiera preferido no tener que hablarle de un asunto enojoso. Por eso confié esa misión a la persona que es últimamente la que usted oye más y en la que se confía. Sus negativas me obligan a exhortarla personalmente.

LUCRECIA.- Y, como veo, en público.

FLAVIA.- No, en privado. No es esto una amonestación. Delante de mi sobrina que cuenta con su confianza, más que ninguna de nosotras, y delante de la priora que debe conocer los asuntos graves de esta casa.

LUCRECIA.- Bien.- ¿Qué se me quiere?

FLAVIA.- Deseo que me ayude a poner fin a unos rumores, quiero creer que calumniosos, que circulan en el convento. Hermana, es su ayuda la que solicito.

LUCRECIA.- No sé de qué habla. Ni por qué me concierne a mí su problema.

FLAVIA.- Le ruego que me ayude. Se dice que desde hace dos meses un hombre salta por las noches las murallas del convento.

LUCRECIA.- En estos ocho años corrieron varias veces los mismos rumores a los que no prestó atención; ni yo, ni usted. ¿No cree que sea lo más prudente? Hay aquí mujeres viejas y desdeñadas que se complacen en la maledicencia.

FLAVIA.- En este caso se agrega la prueba de que un caballero de Forli pasó treinta y seis horas dentro del monasterio.

LUCRECIA.- Sus espías son minuciosos en el recuento del tiempo.

LUDOVICI.- Para defender nuestra dignidad contra quienes la mancillan con una lujuria de sirvientas.

LUCRECIA.- (Pensamente burlona) ¿No cree madre, que para la paz del convento es mejor distraer el todio en el amor y no en la intriga?

FLAVIA.- Creo que debe ponerse fin de inmediato a esta historia.

LUCRECIA.- No se dan órdenes a una Frangimani.

FLAVIA.- ¡Lucrecia! Soy yo que... (Se interrumpe y continua con adusta presencia) Recuerde sus votos de obediencia y algo que debe importarlo más: nuestro estado monacal, el temor al castigo de Dios.

LUCRECIA.- Que me sea ahorrado un tiempo, nada más.

FLAVIA.- Si no puede pensar en él, piense al menos en esa familia de la que está tan orgullosa, de ese nombre que lleva.

LUCRECIA.- Mi familia me ha impuesto terribles votos cuando sólo tenía catorce años y no sabía lo que me esperaba en la vida. No

querrán juzgarme, estoy segura. Al entrar aquí les he dejado una enorme fortuna. ¿Pruebe a golpear en esa puerta? Serán los primeros en pedirle silencio.

FLAVIA.- No sólo el orden conventual está a mi cargo. Soy responsable de su alma ante un juez que ha de preguntarme por ella.

LUCRECIA.- Digale que la he dispnesado de esa tarea.

CLARA.- No Lucrecia, vuelve en tí. Madre, no haya caso de sus palabras, no sabe lo que dice.

LUDOVICI.- Si que lo sabe. Juega con la abadesa como el gato con el ratón.

LUCRECIA.- (Por primera vez se vuelve a la priora) ¿Mejor sería socavar su autoridad con intrigas, remitiendo a Roma cartas calumniosas, no es así, hermana? ¿Mejor seria rogar porque cesen sus ataques de locura? Responda.

FLAVIA.- Basta. Eso a Vd. no le concierne. La disciplina del convento es cosa mía. Lucrecia Frangimani, le pido encarecidamente, por lo que Vd. ha sido en esta casa, por las hermanas y por mí misma, que me ayude a terminar con esas entrevistas.

(Lucrecia vacila, y Ludovici dice suavemente)

LUDOVICI.- Con él o con cualquier forastero ocioso.

FLAVIA.- Cállese.

LUCRECIA.- Mi respuesta es: no.

FLAVIA.- ¿Me desafía? Sepa que dispondré de sanciones y elevaré queja a Roma.

LUCRECIA.- No se lo aconsejo. Mi familia es tan importante como la suya y a falta de ella tengo muy altos protectores. Esta causa pasaría por manos de Monseñor Albini, que fue confesor de mi madre desde que yo nací, justamente.

CLARA.- No sigas Lucrecia. Soy yo que te lo pido.

FLAVIA.- Déjala hablar.

LUDOVICI.- Sí, que se muestre por entero como es.

LUCRECIA.- Una imprudencia podrá costarle la destitución. De aquí ya han salido muchas denuncias sobre como rige el convento.

LUDOVICI.- Las que usted ha remitido.

LUCRECIA.- Hágame caso; téngame como aliada, no como enemiga. Yo no codicio su cargo. Sólo quiero una felicidad que defenderé ~~como debe hacerlo~~ la nieta de Ulrico Frangimani.

FLAVIA.- Retírese a su celda y no salga. Es una orden. Pero además le ruego que rece a Dios para que la ilumine. Mi pedido sigue estando en pie. No, no conteste nada; retírese. (Lucrecia se aleja) Un momento; Lucrecia, piense serenamente en los motivos que tengo para rogarle; piense en mi que estaré rezando por usted.

(~~Lucrecia sale.~~)

LUDOVICI.- Encerrarla en la celda no es bastante. Debería estar en el calabozo, disputándole el mendrugo a las ratas, hasta que pida perdón y se humille. Aprenderá a respetar.

FLAVIA.- ¿Qué poco sabe usted del alma de los demás? Aprendería a vengarse y su corazón se llenaría de veneno y su alma se perdería. Claro que no contra usted, sino contra mi...

LUDOVICI.- No pasó esto en la época de la madre Antonina.

FLAVIA.- También pasó...

LUDOVICI.- Si usted lo dice...

FLAVIA.- Usted lo sabe.

LUDOVICI.- Nunca se vio el monasterio soliviantado en esta forma. Las más honestas escriben a sus familias para que las saquen de esta casa, contando lo que ocurre.

FLAVIA.- Fiscalizará usted misma la correspondencia, y separará las cartas que afecten el buen nombre de la casa.

LUDOVICI.- Sí...pero... En Roma debe saberse. Y las hay que no entregan las cartas en la portería.

FLAVIA.- De eso me cuidaré yo. Encárguese usted del reto. Y pídalo a Martina que venga y al padre Landriani si terminó la confesión.

(Ludovici sale. Flavia camina nerviosa por la celda.)

CLARA.- ¿Qué piensa hacer? ¿La denunciará?

FLAVIA.- De nada valdría. Lo que dijo es cierto, y los Orsini, sobrina, ya no tienen el predicamento de antaño. Podría humillar y vencer a la Frangimani. No me faltan deseos... ¡Oh, no te asustes, no la odio! La comprendo bien, quizás demasiado, pero esa pasión entorpece mi obra y me distrae. Es mi convento al que debo salvar: a él dediqué mi vida y mi fortuna. Nadie me lo arrebatará.

(Entra Martina).

FLAVIA.- Traéme una copa de vino y un pan. Toma las llaves. (Martina sale)

CLARA.- Si yo puedo ayudarla...

FLAVIA.- Sí; habla con ella, trata de convencerla. Tú sabes que es por su bien. Si la abandonamos se perderá.

CLARA.- Sí tía. Sólo Vd. puede salvarla.

FLAVIA.- Tú eres como una hija, pero más querida. En ti pienso cuando defiendo el convento. Te traje para defenderte y esta será tu casa por muchos años. Un dia, quizás, serás tú la que ocupe mi cargo.

(Clara sale. Flavia sola, se arrodilla en el reclinatorio, pero casi de inmediato se levanta y pasea por la celda.)

FLAVIA.- No, no puedo rezar. Mi obra destruida ¡no! Me parece estar viendo pasar de nuevo mi propia vida. ¿Dios nos dará una segunda oportunidad?

(Entra Landriani)

FLAVIA.- Padre, necesito su ayuda. ¿Concluyó la confesión?

LANDRIANI.-Sí, madre abadesa. ¿Qué le ocurre?

FLAVIA.- ¿Ninguna noticia que comunicarme?

LANDRIANI.-Ninguna. Los pecadillos habituales: gula, ira, tentaciones durante el rezo. El convento está tranquilo.

FLAVIA.- Nada tranquilo. El convento arde, padre. Esta aparente tranquilidad oculta una tormenta a punto de estallar.

LANDRIANI.-Ha hablado usted con la Frangimani.

FLAVIA.- Sí. Se negó a alejar ese hombre y desafió mi autoridad.

(Entra Martina con una bandeja.)

FLAVIA.- Gracias Martina. ¿Quiere un vaso de vino? Tráelo Martina. ¿Pero qué es esto? ¿De dónde has sacado este pan?

MARTINA.- Fresquito, madre, recién traido. No es del convento, es del pueblo, y de mis manos a las suyas, madrecita, no lo ha tocado nadie. Estaba tibiecito...

FLAVIA.- ¡Qué importa! Sólo puedo comer el que tú amasas para mí.

MARTINA.- Que no se pudo, madre, que se nos acabó la harina, y por esperar la nuestra... Pero no es del convento, huélalo...

FLAVIA.- Basta de charla. De mi dieta depende mi salud. Llevátelo y que no vuelva a ocurrir nunca. De mi vino trae una copa para el reverendo.

(Martina sale)

LANDRIANI.-Madre abadesa, ¿es sólo su salud la que depende de esa dieta tan severa? ¿Qué teme?

FLAVIA.- No quisiera inquietarlo demasiado. Pero tampoco quiero pasar a sus ojos como una extraviada, como se dice en las cartas que salen de este convento. Temo todo, y he adoptado todas las precauciones. Esta casa se sostiene milagrosamente en medio de una tormenta. Si me consintiera un orgullo, diría que ese milagro soy yo. Pero ahora no alcanza conmigo. Necesito su ayuda.

LANDRIANI.-En algo habrá pensado usted.

FLAVIA.- Sí. Hay una sola solución. ¿Puede apalabrar un par de hombres decididos y discretos?

LANDRIANI.-¿Para qué?

FLAVIA.- Que se apuesten en el camino y cuando esta noche regrese Andrea di Carracchi lo secuestren y lleven lejos. No quiero utilizar a mis hombres para que no se sospeche del convento.

LANDRIANI.-No se engañará a nadie. En Catanzara todos sospechan la verdad porque Carracchi no es lo que se llama un hombre callado.

FLAVIA.- Pero terminaré con él. ¿Quién se atreverá a protestar? Casi todos viven del trabajo en nuestros campos y se cuida-

rán muy bien. Peor sería mantener viva la murmuración.

LANDRIANI.-¿Y si él vuelve? Si al encontrar estos impedimentos se acalora su imaginación y trata de raptar a Lucrecia? No es la primera vez.

FLAVIA.- Si llegara a intentarlo mis hombres lo matarían como a un perro.

LANDRIANI.-Podría haber otro recurso. Andrea di Carracchi es carbonario. Dice que vino a visitar a su abuelo pero en verdad está refugiado escapando a las persecusiones. Descuide: soy confesor de ese pobre anciano que teme condenar su alma por haberlo recogido.

FLAVIA.- Es mejor, sí. Que lo entreguen a los autríacos y ellos venguen la ofensa que nos ha inferido.

LANDRIANI.-Nó. Es amigo de mi sobrino que está en la misma situación. Andrea podría denunciarlo, o Roderico podría enterarse y no me lo perdonaría. Es mi único sobrino, lo quiero como a un hijo -los hijos que no tenemos madre abadesa- y prometí a mi hermano cuidarlo.

FLAVIA.- ¿Y entonces? ¿A qué recurso se refiere?

(Entra Martina con el vino y las llaves que devuelve en silencio, adustamente.)

FLAVIA.- Está bien Martina. Gracias.

LANDRIANI.-Usted hace mucho que no sale de esta casa y no sabe cuánto han dificultado nuestra obra los franceses. Hay que buscar caminos menos expuestos.

FLAVIA.- No está en mi temperamento, pero por eso pedí ayuda.

LANDRIANI.-Andrea es ambicioso. Creo que sus relaciones con la Frangimani son para él no más que una distracción; Quiere viajar, conocer América que, según dice, es el único país libre del mundo. Ya ve en qué piensan los jóvenes de hoy. Pero carece de recursos y no es hombre para pasar privaciones. Su abuelo podría ayudarlo, verdad, pero no es su mayor virtud la generosidad. Varias veces le ha negado el dinero...

FLAVIA.- Cuente con él que sea necesario. No a América, al fin del mundo le pagaría un viaje. Tiene usted razón padre: es el mejor recurso, que sea él quien la abandone por su propia voluntad. Esa es el mejor calabozo para Lucrecia.

LANDRIANI.-Yo haré que su abuelo le entregue el dinero como cosa suya. Nadie se enterará.-

FLAVIA.- (Pensativa) ¡Pobre criatura! Va a sufrir. Mucho.

LANDRIANI.-Esta tormenta que tanto temía podrá ser conjurada antes de que estalle.-

FLAVIA.- En estos días estoy llena de aprensiones. Me parece vivir en la misma somnolencia, en la misma confusión que hace treinta años.-No quiero equivocarme de nuevo; no tengo tiempo. Ayer, como estaba muy angustiada, subí a la torre. Viendo nuestros trigales, el bosque, los viñedos de la montaña, comprendí que es esto lo que debo conservar. Los muros del convento tienen ya cuatrocientos años y no parecen obra humana, sino una parte de la montaña en que están asentados. Nosotros pasaremos. Pero él quedará, cada vez más fuerte e inexpugnable. Es el único que permanecerá y nadie podrá derribarlo. Esto es lo importante. ¿No es así padre? Tiene que ser así padre, porque si estoy equivocada toda mi vida se ha perdido, y es tarde, demasiado tarde.

T e l ó n

CUADRO SEGUNDO

(El mismo escenario, celda de la abadesa. Flavia Orsini, Ludovici, Clara Orsini.)

FLAVIA.- Que por ningún motivo abandone su celda. Ordene a Alejandro que refuerce la vigilancia durante la noche y dígale que lo hago responsable de toda alteración de la clausura.

LUDOVICI.- Lo que usted disponga se hará y yo misma dirigiré todo.

FLAVIA.- ¿Cuento con usted?

LUDOVICI.- Enteramente, como su más fiel servidora. Muchos errores habríamos evitado si usted me hubiera hablado así siempre, madre abadesa.

FLAVIA.- Dejemos eso, hermana.

LUDOVICI.- Quería que usted lo supiera, madre. Ordéneme; yo cumpliré.

FLAVIA.- Vaya con Dios.

(Ludovici sale. Flavia se vuelve a su sobrina.)

FLAVIA.- No puedo hacer otra cosa Clara. Te he concedido tres días para que tú la convenzas y ha sido inútil.

CLARA.- ¡Y qué cambiada está! De pronto áspera, de pronto dulce, y otras veces ¡tan alegre!

FLAVIA.- La quieres mucho. Demasiado. Y es amor que se le retacea a Dios.

CLARA.- ¡Desde que vine fue tan generosa conmigo! ¡Y yo he dicho cosas tan torpes! (Pausa) Tía, ¿es muy grave su pecado?

FLAVIA.- ¿Cómo lo preguntas?

CLARA.- Perdón... es que hoy pensaba... Nunca la vi más hermosa, y cuando canta se diría que los ángeles cantan con ella.

FLAVIA.- No digas extravagancias: es un terrible pecado, y exige castigo. (Pausa breve) Y quizás sí: ese amor embellece, pero con la belleza del diable. No dura y luego queda una mueca ácida.

(Entra Landriani con su sobrino Roderico. Es un joven pálido, triste y apasionado al par, de gestos repentinamente bruscos y de súbitas timideces. Landriani se sorprende al ver a Clara).

LANDRIANI.-Disculpe madre. Creí encontrarla sola. Le traía a mi sobrino.

FLAVIA.- Yo lo mandé llamar. (adopta un tono mundano) Por ser sobrino de nuestro reverendo confesor, sea bienvenido en esta casa de oración.

RODERICO.- De nada. Disculpe... le agradezco... yo... Vivo muy solo y no sé tratar con damas.

FLAVIA.- Aquí no hay damas: sólo hermanas en Dios que han olvidado las cortesanías del mundo. Esta es mi sobrina Clara, que pronto tomará los velos.

CLARA.- Yo lo conozco.

FLAVIA.- ¿Cómo?

CLARA.- Se sienta en el último banco de la iglesia y lee delante de mi. Si extendiera un poco la mano le tocaría la cabeza...

RODERICO.- Se equivoca. No quise decir eso... pero yo nunca la vi.

LANDRIANI.-La reja está cubierta de una cortina gruesa que no deja ver a las reclusas. Pero ellas pueden ver la iglesia.

CLARA.- Aun sin cortina no se habría fijado en mí.Se pasa las horas con la cara en sus libros. ¿Qué lee? (Desconcierto) Perdón. (Se calla y luego se aleja, sentándose en el extremo de la celda)

FLAVIA.- Me han hablado de su afán de estudio y de su devoción. ¿Acaso ha pensado en cambiar de estado y seguir el buen ejemplo de su tío?

RODERICO.- No. Yo no podría. No desdeño el sacerdocio, nada de eso, quiero mucho a mi tio... He sido muy pecador y lo sigo siendo.

FLAVIA.- ¡A su edad!

LANDRIANI.-Pecados que no me has confiado.

RODERICO.- Usted los conoce y no quiere aceptarlos como tales.

LANDRIANI.-Escrúpulos y fantasmas, nada más.

RODERICO.- Es el ángel sombrío que nos quema las entrañas. Yo lo rechazo pero sé intimamente que él tiene razón. Mis amigos lo siguen, creen en él. ¿No cree usted que entre los designios de Dios debe estar la libertad de nuestra patria?

SILVIA.- ¿Que duda cabe?

RODERICO.- Y es Su Santidad quien debe instaurarla en sus estados, el primero; una libertad total, como la que tuvieron los franceses. Aunque sin sus errores, sí, lo sé. Pero si no la da, vencerá el ángel sombrío, nos apartaremos de Dios, renegaremos de él. Porque los hombres buscan la felicidad, y están en su derecho. Cuando anochece es tan dulce tenderse en el campo y ver allá abajo cómo se ennegrece el mar y entra la luna en el cielo!

SILVIA.- Va usted demasiado lejos. Los designios de Dios son misteriosos y no podemos pretender conocerlos todos. ¿Qué somos nosotros? Que hoy vivimos llenos de soberbia y mañana no estamos.

RODERICO.- Sí. ¿Cómo pedir cuentas a Dios si ni siquiera entendemos lo que pasa por nuestro corazón?

LANDRIANI.-Es el espírutu desquiciado de esta época que vivimos, en que todo se ha confundido, y hasta se busca lo sórdido.

RODERICO.- Yo lucho, tío, yo quiero arrancar de mí esta melancolía que me oprime.

SILVIA.- Pero sólo con ayuda de Dios podrá conseguirlo y ser alegre como es alegre la tierra de Dios. No desespere; es usted joven, es inteligente, tiene buen corazón, y yo sé que está en el camino. Empiece por confiar en Vd. mismo para que Dios confíe en Vd.

RODERICO.- ¡Gracias,gracias! ¡Qué noble es Ud.!

SILVIA.- No soy yo! es Nuestro Señor.

LANDRIANI.-Vd. ha conseguido con unas pocas palabras, lo que yo no he conseguido con decenas de sermones. Roderico sonríe. Pero es hora de marcharnos.

SILVIA.- Vuelva otro día y conversaremos.

RODERICO.- Gracias. Estoy tan alegre ahora. Es como Vd. dice: hay que empezar por confíar en sí mismo. (a Clara bruscamente) Lo que leía hoy es un poeta aún más grande que Alfieri.

CLARA.- ¿Cómo se llama?

FEDERICO.- Leopardi. Lo conocí en Bolonia: es un sabio y un patriota, y en sus versos yo reconozco mi alma. Si los lee me leerá por dentro.

FLAVIA.- Envíeme a mi ese libro y que Dios lo guarde.

LANDRIANI.-Hasta mañana, madre abadesa. Dios la bendiga.

FLAVIA.- Hasta mañana.

FEDERICO.- Hasta mañana!

(Salen)

CLARA.- Nunca creí que un hombre inspirara pena. ¡Siempre me dieron tanto miedo!

FLAVIA.- Olvida al pasado Clara. Piensa que estás a salvo: los muros de este convento son fuertes y nos defienden.

CLARA.- Cuesta mucho olvidar. Y duele.

FLAVIA.- ¿Sigues soñando con ellos?

CLARA.- Sí. Veo a papá en la galería del piso alto. Arrastra a Pietro por el cuello; oigo uno a uno los insultos. Veo a mamá que ríe desde la ventana de la sala, a las criadas espantadas, me veo a mí misma junto a aquella pobre mujer desnuda que no tenía culpa de nada, pidiéndole que lo suelte. Y cuando oigo el grito de Pietro que cae sobre las losas del patio, me despierto gritando yo también.

FLAVIA.- Ya pasó Clara. Ese era el infierno del mundo y de él ya saliste para no volver más.

CLARA.- Pero allá sigue pasando. A veces sueño que mis hermanos, los mellizos, entran al convento; oigo que me golpean la puerta y me piden suavemente que les abra. Yo no puedo resistirles, y aunque sé que es horrendo lo que hago, bajo de la cama, llorando, para abrir.

FLAVIA.- ¡Hija mía! (La abraza) Has sufrido más de lo que puede soportar cualquier criatura, y yo no me perdonaré nunca haber tardado tanto en arrancarte de la casa de mi hermano.

CLARA.- Supo algo de papá?

PAVIA.- Muy poco. Sus excesos provocaron el amotinamiento en Nápoles. Ahora están refugiados cerca de Pestum porque no se les permite entrar en Roma. Tranquilízate: Alberico partió hacia el norte y no vendrá a buscarte. Hasta aquí no llegarán tus hermanos ni nadie de ese mundo, porque esta casa es fuerte y está bien guardada.

ROSA.- (De pronto alegre) Hoy dormiré en paz, sí, sí. Ni Alberico ni Adalberto vendrán a golpear a mi puerta. Tía; se ha aventado mi miedo. Siento una cosa, por dentro, como el sol después del invierno, y quisiera reir. Voy a reir, tía: perdone, pero voy a reir. (Y ríe)

disipado

T e l ó n

CUADRO TERCERO

[illegible] de Lucrecia Frangimani. Al levantarse el telón se la ve con una carta en la mano. Una voz masculina dice los siguientes párrafos, desde dentro.)

VOZ.- La patria reclama mi partida. Ella exige de cada uno de nosotros el más doloroso sacrificio, y el mío es alejarme de ti. De América volveré con nuevas enseñanzas para mis compatriotas. Aquí dejo mi corazón, entre tus manos, y parto de luto con el pecho sangrando. No podré olvidarte nunca; tu recuerdo guiará mis pasos por el mundo. No podría despedirme de ti. Beso esta carta con desesperación para que hasta tus labios lleguen los míos. Adios amor mío, único amor de mi vida, adiós. Por última vez te habla tu Andrea.

LUCRECIA.- Miserable. Bufón. Lo que eres es un lacayo que se hizo pasar por señor, pero un lacayo al que me entregué por vicio. Y esto es el amor, éstos los juramentos dichos boca a boca. ¡Ah cruel! ¡Cobarde y cruel que me despidos con una carta falsa como tu falso corazón!

(Desesperada, se aproxima a la puerta tras la cual acechan varias monjas)

LUCRECIA.- ¿Pero quién es más miserable? ¿Quien? Flavia que lo ha tramado todo, él que se ha vendido, o yo? Soy yo, yo porque creí en él y creí en el amor. Sépanlo, díganlo públicamente, que nadie lo ignore, Lucrecia Frangimani se enamoró de su criado, se arrastró a sus pies, le gritó que lo amaba y le besó las manos con que él la abofeteaba. (Se detiene) ¡Qué ignominia Lucrecia! ¿Para esto esperaste virgen el amor durante ventidos años?

(Flavia Orsini se abre paso entre las monjas curiosas.)

FLAVIA.- Fuera de aquí. Aléjense, y que nadie salga de sus celdas.

LUCRECIA.- (Que la ha oido). Ahí viene a contemplar su triunfo, a ver qué cosa es una Frangimani humillada.

FLAVIA.- Demínese. Sus gritos se oyen en el claustro y escandalizan

LUCRECIA.- Déjelas oir. Son las mismas que a instigación suya venían de noche a oir mis gritos de amor y a medir el tiempo de nuestras entrevistas.

FLAVIA.- Cállese, no sea vulgar usted también. Tenga el pudor de ocultar sus sentimientos.

LUCRECIA.- ¿No le gusta ver su propia obra? Y bien: aquí estoy, me ha vencido. ¡Pero con qué armas!

FLAVIA.- Cualquiera hubiera utilizado para arrancarla de ese sueño vano y engañoso al que se había entregado, y recuperar la Lucrecia que un día llegó aquí con ilusión y con fe.

LUCRECIA.- Lo hubiera matado. Yo temí eso; le pedí que sólo saliera acompañado; vigilaba a sus hombres, acechaba sus órdenes para descubrir el momento en que descargaría el golpe. Cuando llegaba la hora en que había de venir rezaba enloquecida, y cuando oía sus pasos en el claustro me precipitaba descalza para caer en sus brazos. Si ahora le matan, pensaba, nos matan juntos. Pero Vd. necesitaba matar al amor más que al amante, que yo descubriera qué innoble es un hombre.

FLAVIA.- ¿Pero quién cree que es y dónde está? Éste es un convento. Vd. ha violado juramentos sagrados, ha ofendido mi casa y ha ofendido a Dios. Merecería un castigo más severo.

LUCRECIA.- ¿Quién es Vd. para disponer de castigos?

FLAVIA.- Soy su abadesa.

LUCRECIA.- Y bien; tapie las puertas, enciérreme en un calabozo. Pero lo que mató en mi nunca se lo perdonaré, porque amándolo pensé que así, furiosamente, también se podía amar a Dios.

FLAVIA.- No se llega a Dios por los amores clandestinos. Y si así pensaba, esta es su oportunidad para despertar de ese extravío. Ahora conoce la vileza de los hombres: mienten, traicionan, son incapaces de amar ni siquiera el tiempo que dura nuestra breve vida.

LUCRECIA.- ¿Y usted cree ser mejor?

FLAVIA.- ¿Por qué cree que me refugio en Dios? Claro que conozco mis debilidades y reclamando ayuda a Dios lucho contra ellas.

Usted misma lo sabría pronto en carne propia. ¡Desdichada! ¿Por qué perdió su inocencia? Recuerde su felicidad y su candor de antes.

LUCRECIA.- Eso nunca más. Nunca más esa opacidad en que vivía, como si no tuviera alma. Quiero vivir, no importa de qué modo y con qué riesgo; sentirme viva como cuando él ponía la mano sobre mi garganta y me temblaba la sangre. Quiero temblar, tener miedo.

FLAVIA.- Aguarde lo peor aún, y no blasfeme. Sabrá pronto lo que es el miedo de Dios, de su infinita cólera callada.

LUCRECIA.- Si, ya lo conozco. Nunca lo tuve pero ahora si. ¿Sabe por qué? Porque la odio.

FLAVIA.- También eso pasa y se gasta, Lucrecia. Abra los ojos de una buena vez sobre su miserable condición. ¿No ve que somos todos seres de paso, que la vida nos lleva y nos deshace dia a dia y que hay que colgarse del hábito de Dios para no sentir lástima de nosotros mismos? (Pausa) Yo no la odio en cambio, porque veo toda su vida con una sola mirada, porque la comprendo. Recuerdo el afecto del que Vd. se alejó, y a falta de él me queda una inmensa piedad.

LUCRECIA.- No se me pasará Flavia Orsini, porque Lucrecia Frangimani no olvida. Le ofrecí mi amistad; la desdeñó y prefirió la guerra. Ha jugado con tan poca habilidad que no la reconozco. Soy yo quien le tiene piedad.

FLAVIA.- ¿Qué puede hacer contra mí? Intrigar como las otras, escribir cartas, quejarse a Monseñor Albini? La Frangimani descenderá a eso?

LUCRECIA.- Tiene miedo, ¿no es verdad?

FLAVIA.- De nadie en la tierra y sólo de Dios. El mundo es para mí como ese mar que se ve desde lo alto de la colina, cuando queda dentro de un caracol; un zumbido lejano. Aunque consiguiera echarme del convento, aunque llegara a abadesa, no me hará daño. Yo ya he vivido, yo ya estoy fuera de la tormenta y no sabe qué poco cuentan para mi esos títulos.

(...nueva respuesta, pero Lucrecia calla. Entonces hace ademán de salir, pero ya en el umbral se vuelve.) Y tampoco sabe de qué fuerzas disponga por encima de sus protectores, y de lo que soy capaz para defender mi casa.

LUCRECIA.- ¡Sí! ¡Tiene miedo! Quiere saber cuáles son mis armas para parar el golpe. Mi venganza será secreta Flavia Orsini, tardará tal vez, pero llegará. (Flavia sale bruscamente) Lo juro por el Dios que me está mirando y que me juzgará.

(Una vez sola Lucrecia deambula por la celda, y luego retoma la carta. Vuelve a oirse la voz masculina que la lee desde el comienzo.)

VOZ.- Asuntos complicados y sorprendentes me han tenido alejado de ti estos tres días, y noticias alegres y tristes a la par, son las que debo comunicarte, Lucrecia mía. Conoces mi difícil situación, sabes que estoy aquí escondido para huir de mis enemigos que son también los tuyos, porque son los de nuestra patria. El abuelo se ha enterado por el padre Landriani de que se prepara un atentado contra mi persona, lo que prueba cuánto inquieta mi obra a los austríacos. Ha abierto su bolsa y me ha exhortado a que parta de inmediato para América, la tierra de la libertad en que sueño. Mi seguridad personal, mi destino y el destino de mi pueblo, están en juego. La patria reclama mi partida...

LUCRECIA.- (Deja caer la carta, como fatigada) Palabras... ¿Y esto era un hombre? Orgullo, petulancia, vanidad: eso es el hombre. ¿Para redimir esto bajó Dios a sufrir? Nunca más un amo débil, jamás un falso corazón. Andrea, no te odio; pero por tu causa, me desprecio.

(Entra Clara)

CLARA.- ¿Qué pasa en el convento? Las hermanas van y vienen muy agitadas y cuchichean en los rincones.

LUCRECIA.- ¿Dónde estabas tú que no te enteraste de nada?

CLARA.- En la iglesia.

LUCRECIA.- ¿A estas horas?

CLARA.- Lola... (Luego de una pausa, agrega) ¿Tú crees que está mal conversar en la iglesia?

LUCRECIA.- ¿Por qué?

CLARA.- El dice que sí. Pero tiene razón su tío: vive rodeado de fantasmas. ¡Qué raro es! No comprende que todos le quieren porque es muy bueno, y se cree solo y hasta despreciado. Cuando me mira...

LUCRECIA.- ¿Cómo? ¿Se ven?

CLARA.- Yo pongo la cabeza entre los barrotes empujando la cortina para que él sepa, por el bulto, donde estoy. No podría hablarle cara a cara, pero detrás de la cortina es distinto: estoy con él y estoy conmigo. Ayer, mientras me contaba su infancia, yo era feliz al poder llorar sin que me viera. ¿Crees que hago mal?

LUCRECIA.- ¿Te alegra verlo?

CLARA.- No, al contrario. Oyéndolo siento tanta tristeza que enseguida los ojos se me llenan de lágrimas. Por eso creo que no hago mal.

LUCRECIA.- No deberías verlo más, Ignoras a lo que te exponer y todavía eres una niña.

CLARA.- ¿Por qué me censuras? ¡Tú!

LUCRECIA.- Ya te rebelas. No todo es melancolía y dulzura. ¿Está dispuesta a sufrir, a conocer el sabor de la inquietud, del pánico? Espera: aun tienes tiempo para vivir.

CLARA.- (Luego de una pausa) Lucrecia, tú que lo sabes todo, dime. ¿Cómo es el amor?

LUCRECIA.- ¡El amor!... ¿Has jugado de niña a poner la pluma sobre el dorso de la mano y a esperar que el viento la levante? Es perder la vida y vivir del viento, fuera de sí.

CLARA.- No, no es eso entonces. No temas por mí Lucrecia.

LUCRECIA.- Pero es el amor y no hay nada comparable. Aférrate a él, aunque padezcas, porque dura poco, y después sólo deja sitio para el odio.

Telón

ACTO II

CUADRO CUARTO

(El claustro del convento, en una tarde luminosa en que ya resplandece la primavera cercana. Se respira aire de fiesta dominical. En medio de la escena, sola, Lucrecia. Pasan dos hermanas en dirección a la pequeña puerta que comunica al exterior.)

HERMANA MARIA.- ¿Viene con nosotras hermana?

(Lucrecia niega con la cabeza.)

HERMANA CECILIA.-Me traeré una brazada asi de retamas.

HERMANA MARIA.- No habrá donde poner tantas flores.

HERMANA CECILIA.-Las desparramará en el piso de la iglesia.

(Salen. Lucrecia sigue inmóvil. Aparece la Ludovici, acompañada de dos hermanas, las que pasan frente a ella sin saludarla, y salen tras las anteriores. Luego aparece corriendo la madre Juana, una anciana lela y sonriente, que se detiene un instante frente a Lucrecia.)

MADRE JUANA.- Bonita, ¿no vienes? ¡Tan joven y tan triste! ¿Qué dejas para después? Mírame y aprende: hace cincuenta años que entré aquí. ¿Oyes? Cincuenta años y parece que fue ayer, pero siempre contenta. (En secreto) Ven pronto, antes de que Flavia se arrepienta y nos quite el paseo. Síguemo rápido.

(Sale corriendo. Poco después aparece Martina que lleva una vestimenta más cuidada y va muy bien peinada.)

MARTINA.- ¿Va al paseo hermana? (Lucrecia niega con la cabeza) Venga que después de tanto encierro el cuerpo está aburrido. Hay que divertir también al pobrecito, y no solo al alma.

LUCRECIA.- Te veo muy contenta.

MARTINA.- Yo, en cuanto huelo campo me pondría a relinchar como una yegua... (Ríe) Hoy veré a ... a un vecino que me trae noticias de mi familia. Porque yo soy de Arezzo.

LUCRECIA.- Para Flavia es una suerte tenerte.

MARTINA.- Y para mi servirla.

LUCRECIA.- Aunque con su carácter no debe ser fácil de llevar.

MARTINA.- Hay días en que, como se dice en mi pueblo, se la lleva el diablo.

LUCRECIA.- Esos ataques de cólera la perjudican mucho. ¡Mirá que vieja está!

MARTINA.- Sólo tiene cincuenta años; siempre ha ido diez años delante de mí: nueve o diez, nueve o diez, y lo que es yo, no pierdo la cuenta.

LUCRECIA.- ¡Y parece tu madre! Si Flavia me hiciera caso tomaría unas gotas de opio en cada comida.

MARTINA.- ¿Opio?

LUCRECIA.- Tres gotas en un vaso de vino no alteran el sabor y tranquilizan por el día entero.

MARTINA.- ¡Pero debe ser veneno!

LUCRECIA.- ¿Cómo se te ocurre? Yo lo tomo en todas mis comidas. Tú misma puedes usarlo.

MARTINA.- (Da muestras de querer alejarse) Gracias hermana. Prefiero ponerme furiosa; es más seguro. Además así una se siente.

LUCRECIA.- Es Flavia quien debería tomarlo en vez de espiarnos y...

MARTINA.- ¿Entonces no viene?

LUCRECIA.- Ve tú.

MARTINA.- Hasta luego hermana.

(Sale)

LUCRECIA.- Es una pobre de espíritu, pero la necesita. Soportaré su estúpida cháchara si a cosas peores estoy dispuesta.

(Se aleja por el claustro y se la ve a través de la columnata. Entran Flavia y Landriani.)

FLAVIA.- Estaré perdiendo mi entereza? Cuando al llegar la noche el monasterio se recoge, me parece que escapa de mis manos y lo dirigen unos seres extraños que me atormentan.

LANDRIANI.- Nunca su casa me pareció más firme y más pacífica.

FLAVIA.- También temo eso, porque dentro de mi no encuentro la luz y la firmeza necesarias para dirigirla. (Ve a lo lejos a Lucrecia) Ella es la que me inquieta más. ¿Qué encierra esa

obediencia callada?

LANDRIANI.-Sufrimiento, sin duda. ¡Con qué sentimiento cantó en la misa el aria de la despedida de Rossini!

LAVIA.- Si es así, ¿por qué no se confiesa?

LANDRIANI.-Dice que no podrá hacerlo hasta no haberse arrepentido de veras y yo la comprendo. Apenas hace un mes que partió Andrea di Carracchi.

LAVIA.- ¿No serán otros propósitos los que no se atreve a confesar? Ya le conté nuestra entrevista y sus amenazas.

LANDRIANI.-No creo. Si fuera así habría mentido para tranquilizarla y actuar con más impunidad.

LAVIA.- Las otras si, pero ella no se acercaría al altar en tales condiciones. También ante Dios es altiva.

LANDRIANI.-(Lucrecia se acerda) Trátela con indulgencia.

LUCRECIA.- La bendición reverendo. Madre, vengo a pedirle las llaves.

LAVIA.- La he dispensado de esa tarea.

LUCRECIA.- (Perpleja) Este mes me corresponde la guarda de la puerta.

LAVIA.- Mejor que se prepare a concurrir al altar.

LUCRECIA.- El padre sabe el por qué de mi alejamiento y lo ha comprendido ~~mejor~~.

LANDRIANI.-Pero es mejor desahogar cuanto antes en el sacerdote las congojas.

LAVIA.- Sobre todo cuando un alma ha sido ensuciada tan torpemente.

LANDRIANI.-¡Madre abadesa!

LAVIA.- No digo nada que ignore el convento, donde se ríen de la orgullosa Frangimani por haberse entregado a un seductor de paso. ¿No es así?

LUCRECIA.- (En voz tensa, sólo en apariencia sumisa) Tomo cuenta de sus palabras caritativas y no las olvidaré. Recordaré esta humillación para perfeccionarme.

LAVIA.- Vamos. (Se aleja, iracunda, con Landriani. Luego se vuelve para descargar su furia) No quiero que esté a la puerta. De noche pasan arrieros y hombres de servicio y para Vd. sería una tentación. Le enviaré a la hermana Ludovici. Su-

plíquele que tome su puesto.

(Sale con Landriani. Lucrecia la ve partir en silencio.)

LUCRECIA.- (Sordamente) Será la que tú quieres que yo sea. Pero no imaginas qué monstruo despiertas dentro de mí, más cruel que el que avivó Andrea. Seré ese monstruo que se parece a ti y veremos cuál es más fuerte de los dos.

(Entra Clara viniendo del exterior, más que contrariada, asustada).

CLARA.- ¿Tú estaba aquí? ¿Mi tía ha hablado contigo?

LUCRECIA.- Sí.

CLARA.- ¿Qué ha pasado? Nunca la vi tan cólerica. Suspendió el paseo y ella misma salió por el campo a buscar a las hermanas.

LUCRECIA.- Es el carácter de tu tía.

CLARA.- Y el tuyo. Parece que necesitaras odiar.

LUCRECIA.- Es un modo de vivir, como otros.

CLARA.- Yo prefiero los otros. (Comienza a alejarse)

LUCRECIA.- ¿Dónde vas?

CLARA.- A la iglesia... Olvidé el libro de oraciones. (Sale como avergonzada.)

(Entra la Ludovici con sus dos compañeras. Se detiene frente a Lucrecia, mientras las otras dos se alejan.)

LUDOVICI.- Me dijo la abadesa que Vd. quería hablarme.

LUCRECIA.- La madre desea que Vd. tome mi turno en la portería.

LUDOVICI.- Nuestra querida abadesa ya no confía en su protegida de tantos años.

LUCRECIA.- ¿Hace treinta años que está en el convento, no es así?

LUDOVICI.- Quiere saber si tengo edad para ser tentada por forasteros.

LUCRECIA.- (Sufre la burla y sigue en calma aparente) Sólo quiero ayudarla. Su única ambición desde que entró aquí es ser abadesa.

LUDOVICI.- ¿Así interpreta usted las vocaciones religiosas?

LUCRECIA.- No vale la pena desmentirme; nadie oye. Sus intrigas fracasaron porque no tiene protectores ni riquezas y las recién llegadas como Flavia le arrebataron el cargo en sus narices.

Vd. la odia aunque no sé si tanto como yo.

LUDOVICI.- ¿Qué trampa busca tenderme?

LUCRECIA.- El tiempo pasa; Flavia no es vieja, sólo una destitución dejaría el cargo en sus manos.

LUDOVICI.- O en las suyas, Ya veo que ha estudiado cómo conseguirlo...

LUCRECIA.- No estoy tan hastiada como para necesitar el mando.

LUDOVICI.- Cuando se ha perdido una distracción se busca otra.

LUCRECIA.- Cuando se ha padecido una afrenta se busca la venganza. Ayúdeme: Vd. será abadesa y yo habré humillado a Flavia arrancándole lo que más quiere.

LUDOVICI.- No necesita de mí. Monseñor Albini es poderoso en Roma.

LUCRECIA.- Pero no basta. Hablemos claro; Flavia es una abadesa ejemplar. Hace quince años que vive entregada a su obra.

LUDOVICI.- ¿Y antes? ¿No cuenta su conducta con la madre Antonina y con nosotras?

LUCRECIA.- De su bolsillo ha pagado la nueva iglesia y su bolsa no ha quedado exhausta. Obtuvo la donación de los viñedos, ha atraído a las mejores familias: por ella estoy aquí, y los Orsini son poderosos en toda Italia.

LUDOVICI.- Pero de Nápoles fué expulsado su hermano y su primo no consiguió el capelo.

LUCRECIA.- ¿Y con eso qué? ¿Esta dispuesta a esperar veinte años más, a que quizás se extinga el poderío de su familia? ¡Yo no!

LUDOVICI.- (Comienza a participar, vencida su desconfianza.) Podría cometer errores cuando se deja arrastrar por la cólera como hoy.

LUCRECIA.- Sobre todo si estuviera enferma...

(A partir de este momento dejarán de mirarse, salvo cuando lo exija el diálogado y se hablarán mientras caminan, como si estuvieran cerca por azar).

LUDOVICI.- Tiene una salud inquebrantable.

LUCRECIA.- Podría enfermar. Hay bebidas que debilitan las facultades lentamente, sin rastros.

LUDOVICI.- Ni agua del pozo bebe. El vino viene lacrado para ella desde Arezzo.

(Regresa la Madre Juana con las hermanas Cecilia y María. Al verlas Ludovici y Lucrecia se separan y se esconden detrás de las columnas.)

HERMANA MARIA.- Nada hicimos. ¿Por qué nos quita el paseo?

MADRE JUANA.- La pobre Flavia está enojada. Tenía un demonio chiquito que sacaba la cabeza por la manga. ¿No lo vieron? Era verde, como una hoja de ruda.

HERMANA CECILIA.- Y no dejó que trajera ni una sola planta. Me hizo tirar las flores.

(Salen. Ludovici y Lucrecia vuelven a aparecer y se entrecruzan dialogando.)

LUCRECIA.- ¿Qué sabe de Martina?

LUDOVICI.- Que Flavia la recogió cuando la nombraron abadesa y desde entonces le es fiel como un perro.

LUCRECIA.- ¿Ambiciones?

LUDOVICI.- Ninguna. Sirve a Flavia y a un arriero toscano, que ahora está en Catanzara.

LUCRECIA.- ¿Y él?

LUDOVICI.- Un hombre pobre que tiene una mujer en cada ciudad. Para él, ella también es una perra sumisa.

LUCRECIA.- (Con júbilo) ¡La presa es nuestra! ¿Cuenta con alguien que pueda hablarle? (silencio) No vacile; arriesgo yo mucho más, y suya será la recompensa.

LUDOVICI.- (Con creciente reticencia) Mi hermano lo emplea cuando está aquí.

LUCRECIA.- Pídale que lo retenga en Catanzara y que le informe de que Martina ha recibido una fuerte suma que al morir le dejó una hermana.

LUDOVICI.- ¿Qué pretende? Explíquese. Usted me da miedo.

LUCRECIA.- Avivar su codicia. No será ese mejor que el otro. Deje la puerta abierta de noche para que puedan verse.

LUDOVICI.- No, eso me comprometería. Que salte la tapia como...

LUCRECIA.- No debe ser hombre para eso. Si me hace caso, dentro de muy poco Vd. será abadesa. ¿Oyo? Abadesa. (Pausa) ¿Quiere saber cómo?

LUDOVICI.- (Asustada) No, no quiero saber nada. Le escribiré a mi hermano. Pero que Martina no me hable: abriré a las diez y volveré a cerrar antes de que amanezca. (Mira espantada a Lucrecia. Se oyen voces). Adiós.

(De inmediato aparece Flavia y Martina, Lucrecia se oculta oye la reprimenda.)

FLAVIA.- ¡Descarada! ¡Descarada! Me habías jurado no verlo más. Sábelo: de ahora en adelante nunca más saldrás del convento, ni irás al pueblo, ¡Ay de ti que vuelvas a faltarme, porque Gisela lo sabrá y no te lo perdonará jamás! Ahora ve a preparar mi comida, y no hablemos más de este asunto. Sale

(Sale. Martina llora ridículamente. Lucrecia aparece y la llama con infinita suavidad.)

LUCRECIA.- ¡Martina! Martina!

MARTINA.- (Sobresaltada) ¡Es Vd.!

LUCRECIA.- (Dulcemente) Ya ves cuánto daño nos provoca Flavia con su carácter. ¿Qué mal le hacemos nosotras?

MARTINA.- ¡Qué desgraciada soy!

LUCRECIA.- Todavía lo serás más: mira lo que ha hecho conmigo que soy Lucrecia Frangimani, y calcula lo que podrá hacerte a ti,

MARTINA.- Yo lo veía en cada primavera y no pedía más. El es lo único que tengo y es más que mi vida. Dentro de unos días se irá y no volveré a verlo.

LUCRECIA.- ¿Por qué no huyes con él? Primero que todo es tu felicidad.

MARTINA.- Descalza me iría detrás de Gino, pero él no quiero. Porque es pobre. Juró que cuando tenga el carro y las mulas me llevará, pero ¡ya hace tanto tiempo!

LUCRECIA.- Me das mucha pena Martina, porque en tu sufrimiento contemplo el mío propio. Quisiera ayudarte. Toma. Toma esta cruz que medalla bien debe valer el carro que él desea.

MARTINA.- (Asustada) No hermana, gracias, muchas gracias, pero guárdela. Es demasiado para mi. Yo sólo quiero verlo y para eso de qué me sirve esa cruz? medalla

LUCRECIA.- También eso tendrás. Tómala. A partir de hoy te tomo bajo mi protección y haré tu felicidad. Conseguiré que de noche quede abierta esa puerta. Si, no te asombres, y avísale que puede venir.

MARTINA.- ¿De verdad de verdad? ¿Pero por qué se preocupa de mi señora? ¿Por qué?

LUCRECIA.- Para que al menos alguien de esta casa sea dichoso. (Martina se arrodilla para besarlo el hábito y Lucrecia se sobresalta) Agradecimiento no! Vete sin decir una palabra. ¡Ah! Guárdate de Flavia: acostumbra a pasear de noche tanteando las puertas. Si llegara a descubrir que está abierta nos quitaría las llaves y nunca volverías a verlo.

MARTINA.- Yo no lo perderé, justamente ahora. ¿Qué puedo hacer?

LUCRECIA.- Disimular, engañar como hacen todos.

MARTINA.- ¿Y si le diera el opio de que Vd. me habló?

LUCRECIA.- (~~Lo piensa, y luego dice encogiéndose de hombros~~) Dormiría profundamente toda la noche: no oiría un solo ruido.

MARTINA.- ¿No le hará daño?

LUCRECIA.- A mi no me lo hace: un sueño tranquilo, como el de los ángeles o el de los muertos.

MARTINA.- ¿Y no me daría, un poquito al menos, para probar?

LUCRECIA.- (Reflexiona) Todavía me queda algo, por ser tú te lo daré.

MARTINA.- Gracias: rezaré todas las noches por usted.

LUCRECIA.- (Con repugnancia) Vete. Pronto. Flavia puede encontrarnos juntas y sospechar algo.

(Martina sale. Lucrecia aguarda en silencio.)

LUCRECIA.- Es duro asumir el alma de ese monstruo que tú me has impuesto. Ya es tarde para otro sentimiento que no sea el odio. ~~que no pidas perdón y te arrepientas, porque has caído en mis manos Flavia.~~

Telón

CUADRO QUINTO

(El claustro de noche, Vaga luz lunar. Se ve pasar a Martina que cruza hasta la puertita al exterior, Luego entra con su amigo, que parece inquieto y que se vuelve a espiar hacia afuera)

MARTINA.- Otra vez tarde.

GINO.- Silencio. Me parece que me seguían.

MARTINA.- ¿Quién?

GINO.- Un embozado que pasó a mi lado.

MARTINA.- ¿No sería Alejandro? Le ordenaron que cuidara toda la noche.

GINO.- No; era un caballero, muy cubierto, y parecía llorar. Estaba parado frente a la puerta pero de pronto se alejó.

MARTINA.- ¿Por eso te retrasaste?

GINO.- Yo trabajo. ¿Crees que vive como las señoronas, juntando las manos para rezar y separándolas para comer?

MARTINA.- No las ofendas que por ellas nos podemos ver.

GINO.- ¡Qué santidad!

MARTINA.- Y por ellas tienes el carro y las mulas.

GINO.- Pero no han vuelto a abrir la bolsa. ¿Hubo novedades?

MARTINA.- No es el momento. La abadesa sigue enferma y ahora es difícil que yo les sirva para algo a las hermanas.

GINO.- Porque eres una tonta. Tienes que conseguir otro tanto para comprar el campo de Minturno. Lo perderemos y entonces sí que no me verás más.

MARTINA.- Pero Gino, te juro que en estos días no puedo. La abadesa está cada día más débil.

GINO.- ¿ Si se muere te dejará algo como la otra?

MARTINA.- Por la Virgen Santísima, ¿qué dices? No hablabas así antes.

GINO.- Antes era antes.

(Se alejan hablando en voz baja. De los dos extremos opuestos del claustro avanzan Lucrecia y Clara como las imágenes simétricas de un espejo.)

LUCRECIA.- Tú eres Clara.

CLARA.- Tú, Lucrecia.

LUCRECIA.- No duermes.

CLARA.- Tú tampoco.

LUCRECIA.- Se huele la entrada de la primavera. Hoy al crepúsculo los pájaros alborotaban en el limonero. Nada convida al sueño cuando se está sola. ¿A ti qué te inquieta?

CLARA.- ¿Por qué me preguntas? Velaba el sueño de mi tía. Pero hace días que no necesita de mí: duerme profundamente.

LUCRECIA.- (Distante) ¡Ah! ¿Si?

CLARA.- Sentí una comezón en la garganta que no me dejaba rezar. Una angustia, de pronto, como si fuera a pasar algo muy doloroso.

LUCRECIA.- ¿Doloroso? y qué más?

CLARA.- No entiendo.

LUCRECIA.- Y necesario, y temible, y liberador. ¡Son tan vagos los presentimientos!

CLARA.- Nada de eso. Quizás feliz, Por eso salí.

LUCRECIA.- Es la primavera que viene otra vez al mundo:un viejo demonio insistente. Vamos a dormir.

CLARA.- No, déjame. Me ahogo en la celda.

LUCRECIA.- Allí los demonios son más ásperos, pero ya conocidos. Aprenderás a tratarlos a medida que pasen los años.

CLARA.- Nunca.

LUCRECIA.- ¿Por qué me esquivas Clara? ¿No tiene nada que hablarme?

CLARA.- No. Nada.

LUCRECIA.- Clara; mírate en mi y cuidate.

CLARA.- No te he pedido consejos.

LUCRECIA.- No quise dártelos. Hasta mañana.

(Se aleja lentamente. Clara pasea inquieta por el claustro. Entra de pronto un embozado, que al dejar caer la capa se revela como Roderico. Clara lo reconoce.

CLARA.- ¿Aquí!

RODERICO.- Perdón. No bien toqué la puerta se abrió sola. Es verdad; vea, no tenía el cerrojo de siempre.

CLARA.- ¿Por qué me persigue?

RODERICO.- No, yo no... Venía caminando... No podía dormir, me echó a

andar y no sé cómo llegué hasta aquí. Me voy, no tenía...

CLARA.- ¿Por qué faltó hoy a la iglesia?

RODERICO.- No faltó. Estuve mucho rato a la puerta, luchando para no entrar pero al final... estaba tan triste y tan cansado, que entré! Vd. se había marchado.

CLARA.- Le vi entrar; parecía un loco. Cuando se acercó a la reja me dio miedo y no pude contestarle.

RODERICO.- Si, estoy loco, de dolor y de malos pensamientos.

CLARA.- Me pareció que besaba la cortina... No sé...

RODERICO.- Me despedía. Porque me voy para siempre.

CLARA.- ¡Ah! Lo sospechaba. ¿Cuándo?

RODERICO.- A la madrugada.

CLARA.- ¿Adónde?

RODERICO.- Lejos de aquí.

CLARA.- (Pausa) Adiós. Buenviaje. Le extrañaremos.

RODERICO.- Yo mucho más que Vd.

CLARA.- ¿Más?

(Se deja caer sentado en el banco. Toma una mano de Clara que ella le abandona y la besa. El diálogo sigue distante y próximo a la vez.)

RODERICO.- Adonde quiera que vaya llevo la desdicha. Es mi destino. Si sigo aqui me pierdo, profano un alma pura. Perdóneme Clara,

CLARA.- ¿Perdonar qué?

RODERICO.- Que la ame así, desesperadamente. Perdóneme que se lo diga y no me mire con odio. Desde que la vi en el locutorio la estoy queriendo. Debía partir ese día y me fui quedando y le traje mis libros y le hablé de mi. Todo es mentira, todo yo soy una mentira. Solo es verdadera Vd. y es verdad que la quiero. A Vd. que es una monja.

CLARA.- Una novicia...

RODERICO.- Y profané el templo leyendo allí esos poemas que decía, lo que no me atrevía a confesar.

(Clara se sienta lentamente en el banco y quedan uno frente al otro, mirándose en los ojos, serios y tensos.)

CLARA.- No se atormente así, porque yo también lo quiero Roderico. ¡Qué desdichados somo los dos!.

RODERICO.- ¡Amor mío! (Se domina) No es cierto, no tiene derecho a condenarse. Déjeme a mi el remordimiento. Yo sólo le pido un poco de compasión.

CLARA.- Lo quiero desde aquel día primero en que me ofreció un libro de Leopardi. Al principio no me di cuenta; nunca había sentido antes, y es tan distinto de como dicen.

RODERICO.- Yo lo supe pero traté de engañarme. Era dulce oir su voz a través de la cortina y con qué miedo me acercaba a la tela que la ocultaba.

CLARA.- Yo temblaba. Cuando me miraba fijo me parecía que se caían los velos y estábamos cara a cara.

RODERICO.- ¿Acepta mi vida triste?

CLARA.- ¿Aceptará mi amor? Es como un niño torpe, al que nadie enseñó nada. Sólo sabe querer.

RODERICO.- Que no aprenda nada más. ¿No crees que Dios nos tiene en su mano?

CLARA.- Siento la tuya, no la de Dios, y siento nuestra condena. ¡Cuanto habremos de sufrir!

RODERICO.- Cuanto te vi alguien me dijo, llegaste, era a ella a quien buscabas.

CLARA.- ¿Qué haremos con todos esos años que nos sobran?

RODERICO.- Jamás habrá otra mujer en mi vida.

CLARA.- No. Debes casarte y tener hijos. Algún día una hija tuya vendrá al monasterio. Yo ya seré vieja y le diré que espere, que la vida está llena de sorpresas. Me hablará de lo que hiciste en la vida, quizás me lea tus cartas. Y si algún día vienes a verla nos encontraremos. Los dos seremos viejos y ya no será pecado amarnos. Arrugada, temblorosa, cuando me veas venir corriendo como la madre Juana dirás: ¿Quién es esta vieja loca que mi mira llorando? Y yo querré estar muerta, para amarte sin sufrir, con derecho. (Llora)

CLARA.- Vete, amor mío. Olvídame.

RODERICO.- Antes de separarnos, Clara, por una vez al menos...

CLARA.- Sí, por una vez...

(Se besan castamente, apenas rozándose los labios.)

CLARA.- Me ahogo, Roderico. Ayúdame.

RODERICO.- Oblígame a irme. Oigo pasos: alguien viene.

CLARA.- No salgas, te descubrirán.

RODERICO.- Debo ser la abadesa.

CLARA.- Ven por aquí. Yo te esconderé. Es Alejandro que hace la ronda. Después partirás.

(Salen. Por el claustro avanza Lucrecia.)

LUCRECIA.- Ella duerme y yo velo. Andrea lejos, perdido. Ella duerme profundamente: yo velo. No hay nadie más. Me he fatigado interrogando al cielo: no hay nadie. ¿Y sino, por qué tarda, porque no aparece como un rayo y me destruye? Me siento sola como si estos muros fueran de papel y el viento estuviera a punto de llevárselos. Si no hay nadie ¿para qué todo? Ella al menos duerme, mientras que yo... Unos pocos días más y ese sueño será eterno. Entonces conocerá a Lucrecia Frangipani y el tesón de su venganza. ¿Y si no hay nadie? Si no llega a conocer nada, si simplemente duerme para siempre...? Y si su dormir es feliz, ¡qué desdichada vigilia la mía! Pero no, todavía hay tiempo.

(Se encara con el cielo estrellado)

LUCRECIA.- Y tú: dime que está ahí, acechando, y que me ves y que me oyes. Porque sino ¿qué pesadilla es esta en que estamos viviendo?

T e l ó n

CUADRO SEXTO

(Celda de Flavia Orsini, quien en su lecho de agonía se despide de las hermanas que desfilan junto a ella y luego se arrodillan para rezar en torno de la cama. A la cabecera la sobrina Clara y la priora Ludovici.)

FLAVIA.- Perdóneme todo el daño que pude ocasionarle y ruegue por mí.

HERM. MARIA.- Yo la perdono, madre, aunque no es necesario. Perdóneme a mí e interceda ante Dios por mi alma. Yo rogaré siempre por la suya.

FLAVIA.- A Vd. hermana le encomiento mi pequeño jardín; no abandone el rosal y lleve a mi tumba las rosas que están por abrir.

HERM. CECILIA.-Perdóneme a mi madre, bendígame y cuando esté en el cielo no me olvide. (Transición) ¿Puedo plantar un jazmincito junto al banco del jardín?

FLAVIA.- Ahora es suyo.

HERM. CECILIA.-Siempre habrá una rosa para Vd. y otra para la Virgen.

FLAVIA.- ¡Ay!

LANDRIANI.-Agota sus fuerzas, madre; descanse ahora.

FLAVIA.- Tendré mucho tiempo para descansar. ¿Y Lucrecia? ¿No viene?

LUDOVICI.- Se le avisó, pero no quiso interrumpir el retiro.

FLAVIA.- Díganle que la llamo. Necesito su perdón.

(Sale una monja)

MADRE JUANA.-Me parece que fue ayer que te vi entrar, pero te vas al cielo antes que yo. Dios premia tus trabajos. Feliz de ti que te vas a morir. Yo me quedo otra vez porque de nada le sirvo a Dios; soy una escoba inútil. En cambio tú te mueres.

LANDRIANI.-Madre, por favor.

MADRE JUANA.-¡Cuánto debe quererla el Señor!

FLAVIA.- (Que parece no oir el constante rezo de las hermanas) Recen, recen más alto, no me abandonen en este trance. ¡Qué sola estoy!

MADRE JUANA.- No te abandonamos; eres tú que nos dejas para morirte, tú sola la que te vas. Aquí nos quedamos todas juntas.

FLAVIA.- Padre. Hermanas. Yo engrandecí esta casa. Hasta donde se mira es nuestro. He hecho una poderosa casa del Señor en la tierra. Me costó mucho y para conseguirlo no fuí siempre buena. ¿Me lo perdonan? Tenía que ser dura.

LANDRIANI.-Descanse madre. Dios lo sabe y se lo recompesará.

FLAVIA.- ¿Por qué no rezan? Acérquense más. Hablen para que las oiga.

(Entra Lucrecia y se interrumpen bruscamente los rezos.)

LANDRIANI.-Aquí está la hermana Lucrecia, madre.

FLAVIA.- (Con gran esfuerzo) No quería irme sin despedirme de Vd. porque tengo con Vd. una pesada cuenta. (Pausa) He olvidado la caridad y me ha arrastrado el rencor, lo confieso. (Pausa) Delante de todos le pido humildemente perdón. (Pausa)

LUCRECIA.- (Esquiva) Quien todo lo ve verá también sus intenciones cuando la juzgue.

FLAVIA.- Dios me espera para juzgarme: tenga piedad de mí.

LUCRECIA.- El la tendrá de todos nosotros.

FLAVIA.- Alcenme. De rodillas le pediré perdón. Ustedes también. Padre...

LANDRIANI.-(A Lucrecia) Hermana, no es el momento...

FLAVIA.- Mi cuerpo ha temblado estos días... Pero ahora es mi alma la que quiere salvarse. No me condene.

(Entra repentinamente Martina con una taza de caldo y se arrodilla junto al lecho de Flavia.)

MARTINA.- Madre, aquí le traigo un caldo.

FLAVIA.- Déjame.

MARTINA.- Tómelo madre porque le hará bien. Por Dios se lo pido, tómelo. Con este no hay peligro y empezará a mejorar. Perdone a la pobre Martina. Yo no sabía lo que hacía y él igual se fue...

(Flavia la mira espantada. Lucrecia irrumpe bruscamente para desviar la atención.)

LUCRECIA.- Madre, yo rezaré por Vd., se lo prometo. Dios la perdonará como todas las hermanas deseamos... (Por Martina que llora) Llévense a esa mujer.

LUDOVICI.- No. Ella quiere despedirse y parece necesitar el perdón de la abadesa.

FLAVIA.- ¿Tú? ¿Tú Martina?

MARTINA.- Madrecita, yo no sabía que el opio podía hacerle daño. Me engañaron. Yo haré lo que Vd. quiera, pero no se muera, no me haga eso.

CLARA.- (Que que comprende lo que ocurre) Hágale caso tía. Usted mejorará y nos perdonará a todos.

FLAVIA.- ¡Y tú también Clara!

CLARA.- Yo también necesito su perdón. Yo le oculté algo tía, que...

FLAVIA.- ¿Y quién más estaba en el secreto? Hablen.

MARTINA.- Fuó por el carro y las mulas y yo creí que iba a quererme más. Y después me iba a llevar y necesitábamos para un campo. Pero no era a mi, era al dinero a quien quería. Me ha abandonado para siempre y yo lo quería...

FLAVIA.- No. No me perdone Lucrecia. Que nadie me perdone porque yo tampoco puedo perdonar. Padre, ayúdeme.

LANDRIANI.-(Sosteniéndola) Tranquilícese, yo estoy a su lado.

FLAVIA.- Yo muero por el veneno. Muero por haberme opuesto a las intrigas de esa casa. (Confusión). No lo deje sin castigo; desde el cielo lo reclamaré.

MADRE JUANA.-¡Pero si te vas al cielo de qué te quejas!

FLAVIA.- ¿Qué cuchichean? Todas estaban en el secreto.

CLARA.- Tía, cálmese. ¿Qué dice?

FLAVIA.- Lo que todas saben. Todas menos yo. ¡Y este es el mundo en que viví, esta es la segura casa del Señor que yo construí para defendernos del mal! No tengo miedo; Tápenme que quiero morir.

(Cae sobre las almohadas y Clara la cubre.)

HERMANA MARIA.-¿Por qué nos acusa? ¿Qué le hemos hecho?

HERMANA CECILIA.- Alguna razón tendrá. Martina sabe.

MADRE JUANA.- Si igual te ibas a morir. Mejor antes.

LUCRECIA.- Ahí está, en descubierto. Delirante y despótica. ¿Qué respeto se le puede tener?

LANDRIANI.-Cállese. Es usted la que ha introducido la discordia en esta casa. ¿Qué han hecho todos ustedes de su madre?

LUCRECIA.- No sabe morir con humildad y quiere arrastrarnos a todas en su delirio. Le espanta el castigo que la aguarda. Hay alguien, y sin duda alguien nos espera.

LUDOVICI.- No trata de disimular lo que hemos oído, Dijo que muere por el veneno. ¿Por qué quiere distraernos? Ese veneno ¿quién se lo ha dado?

MARTINA.- Madre, no me deje así, tan desvalida. Castíguеme como quiera, pero perdóneme.

LUCRECIA.- Fuera de aqui con esta simple. Ella provocó este escándolo.

LUDOVICI.- Es usted, con sus gritos. ¿Qué teme?

LANDRIANI.-Contengánse hermanas. Respeten la agonía de la abadesa.

(Silencio repentino. Algunas vuelven a arrodillarse.)

CLARA.- Ya no es necesario. Está muerta. Y no me oyó.

(Sensación. Las hermanas se persignan y rezan, menos Lucrecia que sigue de pie en el extremo de la celda. La Hermana Cecilia intenta salir.)

LUDOVICI.- ¿A dónde va?

HERMANA CECILIA.- A buscarle las rosas que le prometí.

LUDOVICI.- Nadie sale de aquí sin mi autorización. Yo soy la nueva abadesa. Padre, ayúdeme a disponer de este grave asunto.

LANDRIANI.-Si. Conviene que se ordene el cierre del convento y que se haga un registro minucioso. (Inquietud de Clara)

LUDOVICI.- Nadie saldrá ni entrará en esta casa hasta que se descubra al culpable. Hermana, que las campanas toquen a duelo. (Sale la Hermana María). Yo dirigiré la revisación de las celdas. Ustedes recen por ella difunta.

(Sale Ludovici y Landriani. Tras ellos intenta salir Clara).

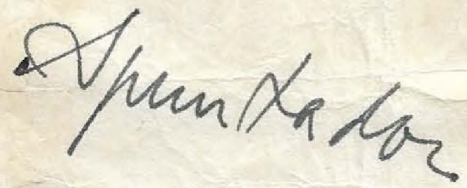
HERMANA.- No se sale.

LUCRECIA.- (A Clara) No te muevas de aqui. Es inútil que lo intentes. Arrodíllate y reza. Puede que a ti te atienda el cielo.

(Redoblan las campanas. Se ven los guardias que pasan por el claustro. Todos rezan de rodillas, menos Lucrecia, que, de pie, aguarda. De pronto se oye un tiro. Luego otros.)

CLARA.- (Se incorpora, gritando) Es a él! (Se abre paso mientras grita) ¡No lo maten, no lo maten!

(Confusión entre las hermanas. Es entonces que Lucrecia se arrodilla en el centro de la escena).

LUCRECIA.- Tampoco a ella la has atendido. ¿Quién eres que no nos oyes?

T e l ó n